

EL MUNDO EN EL QUE TÚ Y YO VIVIMOS

La más clara prueba de que existe vida inteligente en otros planetas es que aún no han venido a visitarnos.

Sigmund Freud

El hombre es el ser más perfecto de la naturaleza, el rey de la creación. Tiene la capacidad de pensar y razonar, de descubrir, de inventar, de lograr avances tecnológicos a un ritmo de vértigo... Lo que resulta aún más sorprendente es que también es capaz de destruir el medio que le rodea, así como enfrentarse a sus propios hermanos en la guerra, con armas devastadoras. Puede realizar, sin el menor esfuerzo - sólo con una pizca de insolidaridad, egoísmo y derroche -, el acto de dejar morir a millones de personas

El despertador de Andrés suena a las ocho menos cuarto de la mañana. Es un día cualquiera, en el que la rutina hace de protagonista. Su madre acude a darle los buenos días y le prepara el desayuno. Andrés coge el ascensor y baja los cinco escalones que separan el edificio de la calle.

Tras veinte largos e insoportables minutos, el chico decide marcharse de la parada del autobús- soltando una retahíla de improperios y palabras malsonantes contra el conductor del vehículo y algunos de sus familiares, por no llegar a su hora-, y se va andando al instituto.

Cada asignatura, desde Matemáticas hasta Historia, se sucede de forma cargante. Lo único que se escucha a última hora es el silbante susurro del viento, que entra por la rejilla de una ventana mal cerrada. Parece que hoy también va a hacer mal día, pues la fina lluvia cae sobre el patio del colegio y unos negros nubarrones amenazan con no dejar que la situación cambie. A medida que pasa el tiempo, los párpados de Andrés se van entornando. La voz del profesor, que dice algo sobre un tal Alejandro Magno, se oye cada vez más lejana.

- ¡Benítez! ¡Despierta, hombre!

A la salida, el chico se encuentra con Antonio Hernández Díaz “El Bola”. Es un tipo alto y musculoso, amante de la juerga y defensor incondicional de la teoría “No hacer nada alarga la vida”. El amigo de Andrés comienza hablando:

- ¡Qué tostón de clase!

- Y que lo digas

- Oye, esta noche hay fiesta en mi casa, que no están mis padres. Te apuntas, ¿no?

- Claro

-Nos vemos a las diez.

Andrés se pasa la tarde navegando por Internet, mientras da caladas al cigarrillo que sostiene entre sus dedos. Si estudiara, otro gallo le cantarían, pero sigue a rajatabla la ley del mínimo esfuerzo.

- Mamá, me voy, que he quedado.

- Hoy no, hijo. Has suspendido siete este trimestre, aprovecha el tiempo aquí.

- Venga, si es sólo un poco.

- He dicho que no.

Andrés da un portazo y se encierra en su habitación. Pensamientos como “¡Ojalá no viviera en esta casa!”, “¡Que injusta es la vida!” o “¡Que mala suerte tengo!” recorren su mente.

A miles de kilómetros de distancia, Abdel se despierta con los primeros rayos de sol del día, en un ambiente de intenso calor y humedad. Se da prisa para salir del poblado, pues le espera un largo camino hasta llegar al pozo del cual debe obtener el agua para toda su familia. En el cielo se dibuja una explosión de colores de tonos rojizos, y exóticas aves de diferentes tipos surcan los aires. La ardiente arena abrasa los pies descalzos del muchacho, que llega exhausto a su destino.

Hoy es el último día de Abdel en la aldea. Su mayor deseo es conseguir que la vida de los suyos mejore, que dejen de pasar hambre de una vez. Para ello, va a subir a “La Gran Embarcación”- que no es más que una penosa patera-, junto a otras muchas personas. El muchacho se despide de su madre con un beso. Da un abrazo a sus hermanos pequeños, que lo miran con cara de tristeza.

Jamás olvidará lo que su abuelo le dijo: “Triunfarás en Europa”. Europa...Abdel tenía la esperanza de que el viejo continente lo recibiera con los brazos abiertos- ¡qué equivocado estaba!-. En el horizonte, el azul oscuro del mar se confunde con el firmamento. Atrás queda su vida, su cultura, su pueblo... Las tinieblas se apoderan del paisaje y se desata una tempestad. La Muerte acecha detrás de una ola. Se oye el llanto de un bebé.

El sueño de Abdel se quedó en las aguas del Mediterráneo. Andrés, sin embargo, siguió desperdiciando cada oportunidad que la existencia le regalaba.